

P. Giovanni Saraggi, c.s.



Juan Bautista Scalabrini

Padre de los Migrantes

Título Original: Giovanni Battista Scalabrini - Padre degli emigrati
Autor: P. Giovanni Saraggi, c.s.
Traducción al español: Tomás Buvinic S., s.d.b.

2a Edición, 2018
ISBN: 978-958-58496-4-8

Curador: P. Armando Adolfo Gómez Gama, c.s.
Coordinación Editorial: Cristina Castillo Carrillo
Portada y Diagramación: CEPAM

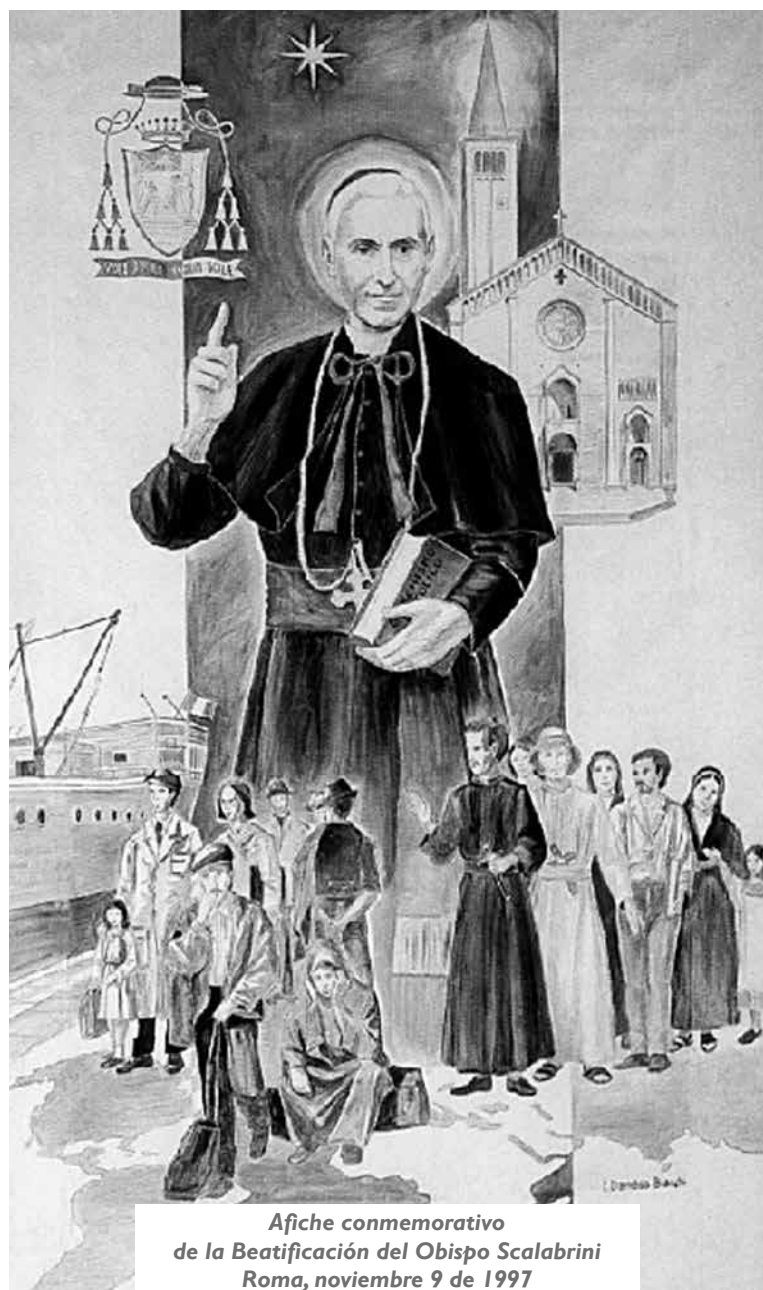
Publicado por: Misioneros de San Carlos - Scalabrinianos
Cel.: 311 236 1436
Calle 56 bis # 35-47, Barrio Nicolás de Federmán
Bogotá, D. C. - Colombia

Impreso en Colombia / Printed in Colombia
Todos los derechos reservados

Contenido

Presentación	7
Había una vez... ..	10
La vocación	13
“Sus Indias son Italia”	16
Héroe y padre	18
Obispo de Piacenza	20
El apóstol del catecismo	22
Pastor indómito	24
La pistola en el armario	26
La hora de las tinieblas	27
El flagelo de la carestía	29
Padre de los sordomudos	32
En los arrozales	34
Profeta de reconciliación	36

Padre de los sacerdotes	38
Un éxodo bíblico	39
Los misioneros para los migrantes	41
Las madres de los migrantes	43
Navegando por el océano	45
En los Estados Unidos	47
En Brasil	49
Entre campos y selvas	51
En medio de los indios	53
El ocaso	56
Su vida interior	58
Vive en sus hijos	60



*Afiche conmemorativo
de la Beatificación del Obispo Scalabrini
Roma, noviembre 9 de 1997*

Presentación

La vida es una oportunidad para descubrir a Dios, amarle y serle fiel. Y, para serle fiel, hay que comenzar por serle fiel en lo poco. Toda vida es una vocación de especial entrega y de especial consagración, un camino de encuentros y de retos; retos que nos prueban, retos que llegan trayendo sacrificio y entrega. Así la vida en Cristo resume el servicio; y este es el ejemplo vivo del actuar de Dios en el Beato Juan Bautista Scalabrini, quien reflejaba el amor, la entrega, la aceptación y voluntad de Dios, a través de los migrantes. Su vocación estaba dirigida, como la de un padre, al servicio de los desdichados y fue evangelizador incansable, sobre todo de los pobres. Por todos fue llamado “padre”, pero a título especial por los enfermos, los desdichados y los migrantes; para él su vocación era como una segunda naturaleza.

Monseñor Scalabrini nos demostró su increíble amor, que le permitió mantener libre su espíritu, tanto para dar como para recibir. Es de admirar como pasaba necesidades por los demás y, lo que es más raro y hermoso a la vez, a él esto no le pesaba. En su afán apostólico visitaba a los detenidos en las cárceles, se prestaba a dar sus servicios espirituales y en Navidad compartía con ellos; ayudaba, sin hacerlo notar, a los ricos cuando quedaban en bancarrota, no mirando su condición social sino su rostro, que reflejaba los problemas. Ayudaba también a sacerdotes y seminaristas económicamente y gestionando frente al clero para que se les diera mayor prioridad. Dios, en cada momento de su vida, le daba fortaleza para actuar correctamente y honrarlo.

La prudencia fue una constante de su perfil, que lo caracterizó durante toda su vida; desde joven tenía una conducta llena de muchos valores. Monseñor Scalabrini era muy recto en todas sus intenciones y, sobre todo, tenía mucha prudencia al hablar. En todos sus viajes a Roma pedía y daba

consejos, puesto que era un hombre de mucha experiencia y muy aclamado por todos sus compañeros del clero. Su primera obra social fue crear la institución para niños y personas sordomudas y decía que esas personas tenían un lugar privilegiado en su corazón.

El pensamiento y el actuar social de Scalabrini se fundamentan en sabiduría, energía de voluntad, caridad y doctrina: sabiduría para realizar correctamente las cosas, energía de voluntad para no sentir nunca cansancio, caridad para realizar todas sus cosas con mucho amor y entrega al servicio de los demás y doctrina para defender bien la fe.

Pero lo que en realidad inspiró al obispo de Piacenza fue la escena que presenció en la estación de trenes de Milán, cuando vio a un grupo de emigrantes dispuestos a abandonar su tierra natal. Según escribió el mismo obispo: en el rostro de aquellas personas se dibujaba el dolor profundo, que es consecuencia de la injusticia social que el mismo hombre infringe en la sociedad y la sociedad en el hombre. Ese acontecimiento dejó emocionado a Scalabrini, al punto que se preguntó: “¿Qué puedo hacer yo como sacerdote?”, por lo cual empezó a prepararse religiosa y culturalmente para así asistir a los que ya eran emigrantes.

Consciente de que esta ardua tarea no podía realizarla él solo, consiguió del Papa el permiso de fundar una comunidad religiosa que se dedicase al servicio de los migrantes: la Congregación de los Misioneros de San Carlos.

Ser migrante con el migrante de todas las naciones fue una de las ideas primordiales de monseñor Scalabrini, pues era un hombre que miraba siempre al futuro y no solo pensaba en una sola nación, sino en la diversidad. El caminar de su vida fue una constante peregrinación al encuentro con Dios; su celo por salvar almas lo iba moldeando, lo iba preparando hacia el encuentro con Dios. Hasta el final mantuvo su espíritu lleno de vida, pero su cuerpo se desgastó hasta más no poder, todo por el servicio a Dios.

Y hoy, más de 130 años después de este ejemplo de vida de santidad, la historia continúa y se sigue repitiendo cada vez con más relevancia en la sociedad moderna. Nosotros, sus hijos, hemos seguido esa huella incansable y trascendental para el mundo de hoy. La parábola del Buen Samari-

tano relatada por San Lucas refleja de manera profunda el espíritu de Scalabrini y nos hace recordar cada día la vida de servicio y entrega que nos dejó nuestro Padre Fundador. Hemos de seguir recordando, en la posteridad, el carácter visionario de una vocación específica en la Iglesia y en la sociedad.

P. Angelo Plodari, c.s.

Ecónomo - Provincia San Carlos Borromeo
Misioneros de San Carlos - Scalabrinianos

Había una vez...

En el amplio y soleado patio de una antigua casona un grupo de niños de rostros encendidos y sudorosos corrían tras una pelota.

De pronto, en medio del ardor del partido apareció en el patio, afable, apuesto y sonriente como siempre, un común y querido amigo, y fue como si un árbitro invisible hubiese detenido el juego.

Todos, en gran algarabía y vivas muestras de simpatía, lo rodearon.



*Casa Natal Beato Juan Bautista Scalabrini
Como, Italia*

— Juanito... No nos vengas ahora con que no tienes tiempo. ¡Hoy sí!

— ¡Sí, sí!, como ayer —corearon todos.

— ¡Y que no sea corta! Y mientras tanto, rodeándolo cariñosos, suavemente lo fueron empujando hacia un ángulo sombreado. Él, tras un instante de concentración comenzó a hablarles:

— La última vez les conté la historia del hebreo José, ¿recuerdan? Ahora les contaré el desafío entre el pastorcito David y el gigantón Goliat.

— ¡Bien!

— Bueno. Había una vez...

Juanito tenía el don de la palabra. Sabía narrar con vivacidad y particular expresión, como quien va viendo las escenas que va narrando. Los niños quedaban boquiabiertos, en silencio, para no perder detalle.

Esta es la primera clase de evangelización que conocemos en la vida del Siervo de Dios, Monseñor Juan Bautista Scalabrini, Obispo de Piacenza (Italia, provincia de Emilia-Romaña). Había nacido en Fino Mornasco, un gracioso pueblo de Como, el 8 de julio de 1839, siendo el tercero de ocho hermanos. Crecía, como Jesús, “en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres”; su párroco, P. Felipe Gatti, se conmovía al recordarlo: siempre sonriente, muy inteligente, atractivo, bien plantado y siempre muy querido por sus compañeros.

Un día el P. Felipe encontró por el camino a la mamá, y le dijo:

— Señora, no sé lo que pensará usted, pero para mí que Juanito tiene bastante pasta de cura.

— Ojalá el Señor me conceda esa gracia. Pero hasta ahora nunca me habló de eso.

— Así es mejor. No nos adelantemos nosotros. Mientras tanto, es de buen ejemplo y de ayuda en la familia y en la parroquia; pero... ¡Hay que rezar! y me parece que no estará mal una palabrita, una pregunta disimulada. Además, el Espíritu Santo ordinariamente se sirve de la mediación materna y la mamá podría ser el ángel de la anunciación.

— En cuanto a rezar, Padre, cada noche concluimos el rosario con la oración por las vocaciones sacerdotales, para que el Señor mande operarios a su mies:

— Bien, muy bien señora, rece y de seguro que el Señor la oirá.

Papá Luis, aunque también abrigaba el mismo deseo de su esposa de tener un hijo sacerdote, no lo tomaba con demasiado entusiasmo. De hecho, le preocupaba sobremanera el pensamiento de tener que mantener y labrar un porvenir a ocho hijos. Pero... ¡en fin!... si el Señor lo llama... Y se regocijaba en su imaginación.

La vocación

Entretanto el tiempo pasaba. El jovencito había terminado brillantemente sus cursos básicos, lo mismo con pleno éxito los cursos medios, y se había convertido ya en un joven despierto, de noble figura, admirado y querido por todos.

Sus padres, mientras tanto, conversaban a solas sobre el futuro del hijo, y se reprochaban mutuamente porque ninguno de los dos tomaba la iniciativa de interrogar al hijo, en vista de que él no hablaba y se adivinaba que algo lo atormentaba.

Un buen día Juan se encontró en casa solo con su madre. Después de unos largos minutos de indecisión, se atrevió:

— ¡Mamá!...

— ¿Qué dices, Juanito?

— Quisiera hablar contigo.

— Y bien, háblame con confianza. ¿Qué tienes? Tu padre y yo estamos preocupados por ti.

— ¿Preocupados? ¿Por qué?

— Has terminado tus estudios y no nos dices nada... sobre lo que quisieras hacer. Tú sabes que no somos ricos, pero si deseas ingresar a la Universidad te ayudaremos con cualquier sacrificio. ¡Dios nos ayudará!

— ¿Y si yo hubiera decidido hacerme sacerdote?

La mamá abrió tamaños ojos, mientras el corazón le latía con fuerza.

— ¿De veras? Pero ¿lo has pensado bien, hijito? ¿Sabes lo que eso significa?

— Mamá, hace años que pienso en eso. Pero, antes de decírtelo, quise madurar la idea... hasta sentirme seguro de mí mismo.

— ¡Hijito, querido Juan! ¡Deja que te bese! He rezado por ti a la Virgen. Y creo que también tu papá se pondrá muy contento.

Cuando ella se presentó al día siguiente al Párroco, él le dijo:

— ¿No le dije yo, señora, que la oración...?

— Sí, sí, señor Cura. Pero ahora se suscita otro problema. Mi marido ayer, cuando se lo dije, me manifestó toda su satisfacción, pero también su preocupación; tenemos ocho hijos y no sabemos de dónde sacar los medios para mandar a Juan al Seminario.

— Señora, no piense en eso, Dios proveerá. Yo me encargaré de hablar del asunto con quien podrá ayudarles.

— Gracias, señor Cura, gracias. Nos quita un grave peso de los hombros.

De los años pasados en el Seminario de San Abundio de Como, y luego en el Seminario Mayor no tenemos muchas



Seminario San Abbondio - Como, Italia

noticias. Pero sí hemos encontrado una anotación en el Archivo Escolar que de por sí es el más elocuente elogio: “Scalabrini fue siempre el primero, en los estudios y en la conducta”.

Para él verdaderamente el tiempo era oro. Parecía que había hecho voto de no perder ni un minuto. A menudo se lo veía recogido en el estudio, aun durante las horas de descanso. No consideraba suficiente instruirse en las doctrinas sagradas, sino sentía fuerte la necesidad de adquirir una cultura general lo suficientemente profunda como para poder dialogar también con los “alejados”.

Luego llegó a aprender muy bien el francés y el español, y entendía sin dificultad el inglés y el alemán.

Monseñor Bonomelli, obispo de Cremona y amigo fraternal de Scalabrini, pudo escribir más tarde: “Dios lo había dotado de una inteligencia despierta, versátil, aguda, límpida, vasta; en cualquier ciencia lograba éxito sin sombra de dificultad, y conocía al dedillo las cuestiones más arduas de filosofía, historia, política y las trataba con una desenvoltura, seguridad y claridad tales que sorprendía; parecía que se había especializado en... todo”.

“*Sus Indias son Italia*”

Don Juan Bautista Scalabrini fue ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1863, y celebró su Primera Misa en la Iglesia de Fino Mornasco el domingo siguiente, asediado por el entusiasmo de sus conciudadanos, que repetían: “Sólo éste podía ser su destino”.

Pero después de su Ordenación Sacerdotal, la mamá Colomba fue notando que su Juan iba como urdiendo algo; a menudo lo sorprendía preocupado, y cuando ella lo miraba con inquietud, él rehuía su mirada. “Virgen Santa rezaba la pobre mujer, sin saber qué pensar-, ¡a ti te lo confío!...” Una tarde Juan le abrió el corazón.

— ¡Mamá!

— ¡Hijo míol, ¿qué quieres?

— ¡Mamá! ¿Recuerdas cuando hace ya seis años te dije que quería ser sacerdote?

— Sí, lo recuerdo.

Juan se echó de rodillas delante de su madre que no acababa de entender.

— Pero, ¿qué pasa?

— Quiero tu bendición: ¡ahora quiero hacerme misionero, ir a las misiones!

— ¿Misionero?... —Y la madre no pudo refrenar el llanto.

— ¡Sí! Pero, entonces, ¿no me das tu bendición?

— ¡Juanito! Si es ésa la voluntad de Dios, que se cumpla. Yo te bendigo y me encomiendo a tus oraciones.

El sacerdote se puso de pie, abrazó a su madre y lloraron juntos un buen rato.

El P. Scalabrini escribió una carta a Mons. Marinoni, Superior del Instituto de San Calógero para Misiones, en Milán, exponiéndole con humilde confianza su deseo. El prelado le respondió inmediatamente que lo aceptaba de mil amores y le fijaba una entrevista en la Casa Madre.

El Obispo de Como, Mons. Marzorati, mientras tanto, no se resignaba a tener que perder en la Diócesis a un sacerdote de tan estupendas cualidades y sobre el que había cifrado mil esperanzas y proyectos específicos. Un día que lo encontró en Milán, precisamente con Mons. Marinoni, respondió al atento saludo de Scalabrini con estas severas palabras: “Tengo que decirle algo: ¡Sus Indias están en Italia!”

¿Un rayo en un cielo azul?, pero considerando que las dos almas de Marinoni y Scalabrini eran igualmente santas y plenas de fe, se adhirieron sin reserva a la voluntad de Dios manifestada por Mons. Marzorati.

Scalabrini, al llegar a Fino Mornasco encontró allí una carta de su Obispo que lo nombraba, para el inicio de ese año escolar 1863, Director de Disciplina y profesor de Historia General en el Seminario de San Abondio.

Héroe y padre

Cuatro años después toda Italia se vio conmocionada por la propagación del terrible “cólera morbus”. También en la diócesis de Como las víctimas se contaban a centenares; había urgente necesidad de asistencia, porque casi todos tenían miedo al contagio, sobre todo porque en ese tiempo los medios terapéuticos eran escasos y de incierta eficacia. Scalabrini no lo pensó dos veces: dejó inmediatamente el Seminario y corrió al lecho de los enfermos para llevarles el consuelo cristiano y toda la asistencia humanamente posible. Al que le advertía el peligro de contagio, respondía: “¡Jesús está allí y me llama!”

La obra de caridad de Scalabrini y el valor demostrado en aquella lamentable circunstancia, además de servir de ejemplo a sus buenos sacerdotes y de bendición y reconocimiento a todo el pueblo, despertaron también el reconocimiento del supremo Gobierno, que le otorgó la medalla al valor civil.

La epidemia cesó en agosto. Scalabrini volvió a su Seminario, en donde el Vicario Capitular, Mons. Octavio Calcaterra le tenía preparada una novedad absolutamente imprevista. Cuando falleció el Rector del Seminario, P. Angel Bolzani, no se halló otra persona mejor preparada para sucederle que el mismo Scalabrini. Él alegó su poca preparación y su ineptitud para un cargo de tanta responsabilidad; recordó que todavía no cumplía 28 años y que por lo tanto carecía de la necesaria experiencia. Se le replicó que todo eso había sido considerado y que el Señor lo quería allí. Si ésa era la voluntad de Dios, a Scalabrini no le quedaba más que inclinar la cabeza confiando, como siempre, que quien le imponía el deber le prestaría también el poder.

Desde ese momento reclutar sacerdotes santos para la Iglesia fue la aspiración de su corazón, el ansia de su alma, la finalidad de su vida.

Parecía verdaderamente que Scalabrini debía empeñar toda su existencia en la formación espiritual en los seminarios; pero de improviso, después de sólo tres años, en 1870, su Obispo lo nombró párroco de la iglesia de San Bartolomé, una parroquia de más de 16.000 almas y entre las más importantes de la ciudad de Como. La Providencia, en efecto, lo guiaba y preparaba su porvenir, enriqueciéndolo con la nueva experiencia de pastor.

El párroco Scalabrini rezó, pidió consejos y estudió profundamente un programa de renovación parroquial, que cristalizó en las más variadas iniciativas. Prometió con gran celo el espíritu de oración y, de manera particular, la devoción eucarística y mariana; impulsó la Acción Católica, fermento de vida cristiana entre el pueblo. Tuvo especial solicitud por los niños y los jóvenes, y fundó para ellos un Oratorio, que puso bajo la protección de San José; para los pequeños construyó un Asilo y escribió un librito, que tuvo gran difusión en toda Italia: "El Pequeño Catecismo para los Asilos de Infancia".

De fácil y convincente oratoria, era invitado frecuentemente en la Diócesis y fuera de ella. Memorables fueron sus Conferencias en la Catedral de Como sobre el Concilio Vaticano I, lo que llamó la atención del mismo Papa Pío IX.

Característica igualmente sobresaliente fue su acendrado amor por los enfermos de la parroquia. Los visitaba con frecuencia y gran cariño y con las palabras de consuelo, de la fe y los Santos Sacramentos; a menudo les llevaba alguna ayuda material.

En la gran parroquia de San Bartolomé no hubo ninguna categoría de personas que no se considerara la predilecta de su Pastor y Padre.

Obispo de Piacenza

Un día el buen sacerdote se hallaba recitando el Breviario de rodillas en su capilla cuando vio que se le acercaba un canónigo desconocido para él. Creyendo que deseaba celebrar la Misa, le hizo gentil ademán de pasar a la sacristía; “No, gracias, Monseñor, ya celebré la Misa esta mañana temprano y he venido aquí inmediatamente, con la esperanza de ser yo el primero en tributarle mi homenaje a mi nuevo Obispo de Piacenza”.

Scalabrini quedó sorprendido y por unos minutos como petrificado, sin decir palabra; pero luego se repuso, guió hasta la casa parroquial al señor canónigo, y ofreciéndole un buen café le recomendó que regresara a su casa sin hablar con nadie del asunto, porque esa noticia no tenía en absoluto ningún fundamento y le desagradaría que se difundiera entre el pueblo; ese mismo día Scalabrini recibió una carta certificada de Roma con la noticia de su nombramiento.

Incrédulo aún, corrió a la iglesia, fijó en el tabernáculo sus ojos llorosos y murmuró entre sollozos: ¡Señor, yo no soy digno... Soy un siervo inútil... Si es posible, pasa de mí este cáliz; pero hágase tu Santa Voluntad!”

El 30 de mayo de 1876, Monseñor Juan Bautista Scalabrini era consagrado Obispo en Roma por el Cardenal Alejandro Franchi y el mismo día escribió a “los queridos hijos de Piacenza” su primera carta Pastoral. Catorce días después, recibido en triunfo, hizo su entrada en la Diócesis. Era joven, alto, de hermoso aspecto, su rostro iluminado con una sonrisa cautivadora; el pueblo, conquistado desde el primer momento, hizo su primer comentario:

“¡Qué simpático y encantador es!”



J. B. Scalabrini recién nombrado Obispo - 1876

El apóstol del catecismo

Es imposible profesar y amar una fe sin conocerla adecuadamente. Mons. Scalabrini estaba tan convencido de ello que puso el Catecismo como piedra angular de su edificio espiritual en la Diócesis de Piacenza.

Es Obispo hace apenas dos meses y ya publica una espléndida Circular, que tiene como fundamento la necesidad de profundizar la doctrina cristiana entre niños y adultos.

Recordando el ejemplo de su santo predecesor, el beato Pablo Burali, del siglo XVI, ordena que cada párroco de las 365 parroquias de la Diócesis instituya la “Compañía de la Doctrina Cristiana”, escogiendo entre las personas mejores y bien instruidas a los Directores, Maestros y Asistentes, a cuya formación todo párroco debe dar prioridad absoluta sobre todo ministerio espiritual. Para facilitar a sus sacerdotes esta preeminente misión, él mismo compiló un Catecismo y fundó la Revista “El Catequista Católico”, la primera en su género en Italia, y que ha dictado cátedra hasta nuestros días.

En la Diócesis reverdece un verdadero fervor por la enseñanza del catecismo, como si se tratara de un nuevo descubrimiento. La relación del primer año de experiencia es significativa y consoladora para el corazón del Obispo: los predicadores de la palabra de Dios suman 1.774, de los cuales 403 son sacerdotes, 36 clérigos, 30 religiosas y más de 1.200 laicos.

El Papa Pío IX, informado de la actividad catequística

de Mons. Scalabrini, al recibirlo en 1877, junto con otros obispos de la región Emilia, lo felicitó calurosamente y lo puso como ejemplo, definiéndolo como “el apóstol del catecismo”. Y agregó: “Hoy hay mucha preocupación por construir el segundo piso de las casas, pero poco se piensa en el primero. El Catecismo es la base y fundamento para toda obra pastoral; con buenos catecismos se salva la sociedad”. Después, con espontáneo gesto, se quitó la cruz pectoral y se la entregó al Obispo de Piacenza, diciéndole: “La cruz de los Obispos es preciosa, pero es muy pesada”. Más tarde, en una ocasión muy dolorosa, Mons. Scalabrini, en sus escritos personales, comentaría: “El Obispo lleva la cruz sin la imagen del buen Jesús. ¿Por qué? Porque debemos amar la cruz aun sin el consuelo de verlo”. Y a una persona amiga le comentó: “¡Si supiera cuánto pesa esta cruz! ¡La vida de un Obispo es verdaderamente la vida de un mártir!”



**Portada del Pequeño Catecismo
1875**

Pastor indómito

Mons. Scalabrini tomó la decisión de visitar todas las 365 parroquias de su Diócesis, por lo menos cada cinco años. Y mantuvo su promesa viajando a menudo a lomo de mula y, cuando no había ni sendero, a pie por varios kilómetros, cuesta arriba. Ni lluvias torrenciales ni un sol ardiente, nada le hizo nunca aplazar su proyectada visita.

Sus familiares a menudo se mostraban preocupación por su salud: “Excelencia -le decían-, así se mal-



*J. B. Scalabrini en una de las cinco visitas pastorales
a la diócesis de Piacenza*

tratará hasta el punto de enfermar; por ese camino no tendrá larga vida. Un poco de descanso de vez en cuando no le perjudicará su labor.” A lo que él solía responder: “¡Ahora no hay tiempo para descansar! La vida es corta, demasiado corta. Descansaremos en el cielo, ¡cuando al Señor le plazca!”

A él le bastaba observar los rostros de alegría de sus montañeses para sentirse aliviado de todo cansancio. Un periódico sectario se vio forzado a confesar: “Monseñor Scalabrini va visitando una a una todas sus parroquias con una fortaleza admirable, increíble... ¡Muchas de esas parroquias no recibían la visita de un Obispo desde hacía tres siglos!”

Durante su episcopado reunió en torno suyo, en tres Sínodos, a todos sus sacerdotes para agradecerles su labor apostólica, para hacerles sentir cuánto los amaba y apreciaba y cómo compartía sus problemas y ansiedades, sobre todo para animarlos a emprender con él las reformas que consideraba necesarias para un renacimiento religioso y moral de la Diócesis.

La pistola en el armario

Su apostolado no conocía límites o demora. Un día le vinieron a decir que había en la ciudad un joven, enfermo de muerte, y que rehusaba obstinadamente todo auxilio religioso. Más aún, a quienes procuraban hacerlo reconciliar con Dios, les mostraba una pistola que guardaba en el armario, diciendo con rabia: “¿Ven esto? Tiene dos balas: una para el primer sacerdote que asome por aquí, y la otra para mí”.

— ¡Yo iré! —dijo, sin dudarlo, Mons. Scalabrini.

— Pero, Excelencia, ése es un energúmeno.

— ¿Dónde vive? -dijo en tono imperativo el Obispo. Ante el estupor y el temor de las personas presentes, se hizo conducir a esa casa y sin titubear, entró en el cuarto del enfermo. Las numerosas personas que se hallaban en la sala contigua, horrorizadas se miraron sobrecogidas, ocultando el rostro entre las manos... esperando el estampido de un disparo. El Obispo se demoraba en salir.

Tras una larga media hora, abrió la puerta y dijo simplemente a un sacerdote:

— Este buen joven desea cuanto antes recibir la Santa Comunión. Por favor, vaya por el copón.

En otra ocasión, mientras bullía una revuelta en las calles de Piacenza, no tuvo temor de atravesar la plaza entre la refriega, para asistir a un pobre hombre herido de gravedad y bañado en sangre. Lo atendió cariñosamente y le escuchó su angustioso adiós mientras entregaba su alma al Señor.

Estos y otros hechos semejantes, que luego corrieron de boca en boca en la población, cimentaron la unión y el amor por el propio Obispo de quien no sabían si admirar más la valentía o la santidad.

La hora de las tinieblas

A pesar de todo, sucedió también en Piacenza lo que parecía imposible que sucediera. Los individuos, se sabe, considerados uno por uno son o parecen todos buenos. Pero cuando se ven envueltos por una masa humana sobrecargada de pasiones encontradas, pueden de improviso convertirse en una banda de facinerosos que todo lo destroza y atropella.

Una tarde de febrero de 1878 el Obispo Scalabrini regresaba cansado a Piacenza de una visita pastoral a una de sus parroquias lejanas. A las puertas de la ciudad algunas personas bienintencionadas le detuvieron el coche para informarle que ciertos individuos habían sublevado al pueblo contra él porque, obedeciendo a la Santa Sede, no había celebrado los solemnes funerales en memoria de Vittorio Emanuel II.

Monseñor Scalabrini reflexionó un instante, y luego musitó: “No, no es posible...”, e hizo señas al cochero de que siguiera adelante. No, no podía ser que su pueblo hubiese olvidado así a su Pastor y Padre; pero esta vez, desgraciadamente, se equivocó. Su pueblo estaba irreconocible. Primero encontró gente que, a su paso, bajaba la vista en vez de saludarlo afectuosamente como de costumbre con demostraciones de fiesta; después, resonaron por los aires palabras soeces e injuriosas, y luego sintió caer sobre la carroza gruesas piedras que le destrozaron los vidrios. El Obispo intentó asomarse extendiendo una mano afuera, pero un infeliz se la aferró con fuerza y groseramente la escupió.

La habilidad del cochero que intuyó lo peor y azotó con vigor los caballos, logró alejar del peligro sano y salvo al Obispo. Éste, con el alma desolada como Cristo en el Huerto de los Olivos, fue a desahogar su amargura ante el

tabernáculo en su capilla privada: “¡Señor -susurró llorando-, si es necesario que yo beba este cáliz, hágase tu santa voluntad!”

La violencia en la plaza no cambió la actitud del Obispo hacia las disposiciones pontificias, que durante su vida honró con toda lealtad. Sólo cuando llegó el permiso de Roma, el Obispo bajó hasta la Catedral y celebró pontificalmente las honras fúnebres por el difunto rey de Italia; fue entonces cuando la gente se percató del grave desatino contra su Padre y Pastor, y corrió a llenar el templo, pidiendo expresamente perdón por su ingratitud en un momento de insensatez y exasperación atizadas por un grupúsculo de anticlericales.

Pío IX, cuando tuvo conocimiento de estos hechos, le hizo llegar al Obispo de Piacenza, como regalo personal, un cáliz de oro adornado con diamantes.

El flagelo de la carestía

¡Un cáliz de oro, obsequio del Papa! ¡Debía ser una reliquia que era menester conservar toda la vida! Pero precisamente al año siguiente, 1879, se desató en la zona una carestía que sería memorable en los anales de la historia de Piacenza. Se llegó al extremo de que se moría literalmente de hambre. ¿Qué hace entonces Mons. Scalabrini? Lanza una llamada a la solidaridad de las almas buenas; y ¡él se adelanta con su buen ejemplo! Transforma dependencias del obispado en una gran cocina, en donde se distribuyeron a los pobres primero mil, luego cuatro mil platos al día. En consecuencia, los fondos se van reduciendo considerablemente. Entonces el Obispo, sin pensarlo dos veces, vende primero los caballos, luego la carroza, y toda la ganancia la transforma en alimento.

Pero surgen pronto otras urgencias. Acude entonces a su ajuar personal: lo vacía para vestir a su gente que se muere de frío.

Y... le queda todavía el preciado cáliz de oro. ¿Cómo privarse de él? ¡Es un recuerdo demasiado querido! Pero los pobres, en quienes vive verdaderamente Cristo, son más preciosos y entonces Monseñor Scalabrini no vacila, lo vende, y la repartición de sopa no se interrumpe.

Los que lo rodean le dicen:

— “Excelencia, si sigue así acabará en la indigencia”.

— “Nada mejor -responde sonriendo el Obispo- que ¡imitar a Jesús que nació entre pajas!...”

Diez días después, el Honorable Senador Medoro Savini declaraba en pleno Parlamento: “También nosotros debemos hacer algo; no podemos permitir que el Obispo de Piacenza demuestre más corazón que nosotros. Señores: yo delante de ese sacerdote (todos saben que a mí nadie puede tildarme de clerical) me inclino reverente, porque admiro su sublime apostolado; y si todos los sacerdotes fueran como él, yo ¡me haría clérigo también!”.

Pero hay otros episodios edificantes que vale la pena recordar. Un día en la calle un pobre le tiende la mano. Monseñor toma su portamonedas, saca de él cinco liras (cantidad importante en ese tiempo) y se las da. Titubea el pobre y no se decide a recibirlas.

— Mire -dice- que yo soy judío.

— Pero las necesitas, ¿no es cierto?

— Sí, si...

— Entonces, toma estas otras cinco. El secretario, que acompañaba al Obispo, se atrevió después a observarle:

— Excelencia, será mejor que yo guarde su dinero, porque me temo...

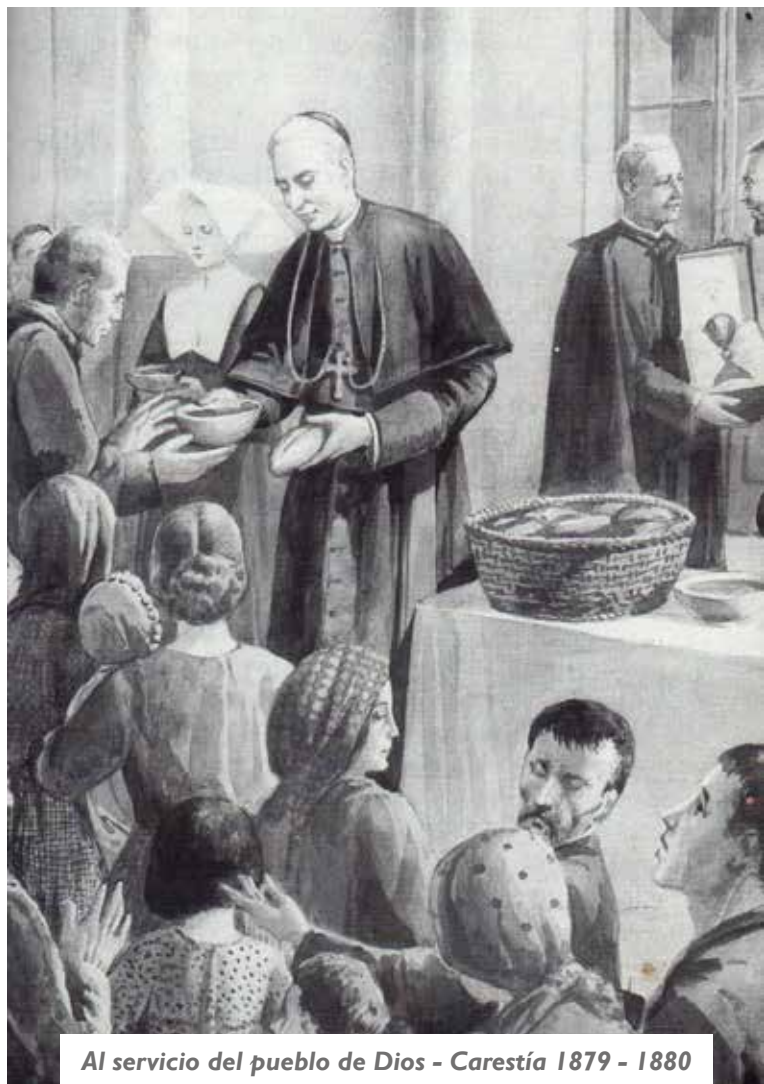
— Bueno, toma, tómalo todo, le responde el Obispo. Tienes siempre miedo de que te falte la tierra bajo los pies.

Muchos sacerdotes deben a la generosidad de Mons. Scalabrini el haber podido realizarse en su vocación apostólica. Un caso entre mil: Un jovencito está de rodillas ante él y le suplica: “Excelencia, soy huérfano de padre y madre. Quisiera continuar mis estudios para ser sacerdote, pero no tengo medios...”

El Obispo, con toda naturalidad se dirige hacia su ecónomo y le dice: “¿Entendió usted?

Atiéndalo, y póngalo todo a mi cuenta”.

Esta es la historia de Mons. Sidoli, quien llegó a ser Arzobispo de Génova.



Al servicio del pueblo de Dios - Carestía 1879 - 1880

Padre de los sordomudos

Un día el Obispo, pasando en su carroza (que, después de la carestía, le fue donada por las Damas de la Caridad) por la periferia de la ciudad, vio al borde del camino a un joven que gemía de frío; era un pobre sordomudo. Como el buen samaritano, descendió de la carroza el buen Obispo y con la ayuda del secretario subió al coche al pobrecito, que acababa de salir de la cárcel y no sabía adónde ir. Se lo llevó al Obispado, donde lo tuvo algunos meses, mientras se preocupaba de enseñarle a entender y a hablar. Pero el infeliz, herido ya gravemente en su salud, no pudo gozar de toda la exquisita caridad de su bienhechor, porque la “hermana muerte” lo vino a buscar.

Este episodio fue para Mons. Scalabrini un mensaje del cielo. Comenzó a reflexionar cómo hasta entonces nada había hecho por esos pobres que tienen boca y no hablan, oídos y no oyen... Y tomó entonces una decisión valiente e inmediata.

Con la ayuda de una Congregación Religiosa, que entonces surgía, fundada por la Sierva de Dios, la Madre Rosa Gattorno, en el año 1880, ante la conmovida admiración de toda la ciudad, fundó en Piacenza un Instituto para sordomudas, que protegió siempre con particular predilección. Apenas podía, iba feliz a pasar unos momentos entre ellas, comía con ellas y se entretenía allí.

Un periodista que no era cristiano, presente en un acto académico que las pequeñas sordomudas solían ofrecer cada año a sus bienhechores, escribió:

“... Subió al escenario una niñita de ojos inteligentes a recitar una poesía. Su voz era gutural y las sílabas brotaban como sollozos de sus labios.

La pobrecita no podía oír lo que ‘decía’ Digámoslo francamente, y que nadie se nos ría, se nos humedecieron los ojos de conmoción... Aplaudimos con gesto de reconocimiento a Monseñor Scalabrini, como la mudita aquélla que, al final del acto académico, el público aplaudió de pie profundamente conmovido, accediendo a hacer donaciones generosas para la Obra. Sola, como ajena a tanto entusiasmo, acurrucada a los pies de una religiosa, la más pequeña de las muditas miraba triste; habría querido también ella expresar su reconocimiento al Padre, que la había recogido de la calle; pero no tenía nada, nada. Mirando las flores esparcidas por el suelo que había lanzado el entusiasmado público, cogió la mejor flor, y se la llevó al Padre, y con un sollozo, que quería expresar su agradecimiento, entonó el himno melodioso que nosotros queremos brindar a este héroe...”.



*J. B. Scalabrini con un grupo de niñas huérfanas
Brasil 1904*

En los arrozales

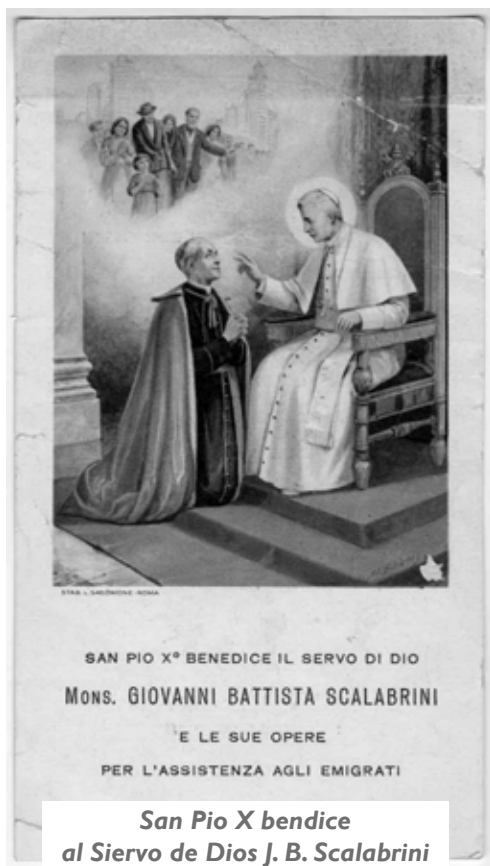
tra categoría de personas marginadas y olvidadas de la sociedad impactó la sensibilidad del Obispo de Piacenza.

La operación de los arrozales interesaba en ese tiempo, sobre todo a las provincias de los Apeninos de Liguria y Emilia: cada año cerca de 170.000 hombres, mujeres y niños, se trasladaban por una temporada de dos meses a los arrozales piemonteses y lombardos para la limpieza y trasplante del arroz, obligados por la extrema indigencia de sus respectivas familias.

En una carta circular a los Vicarios foráneos de su Diócesis, Monseñor Scalabrini observaba: “Muchos y muy graves son los peligros y los males que encuentran esos pobrecitos, peligros y males morales y físicos, que es fácil imaginar.

“Urge poner remedio a todo ello; urge hacer lo posible para que esos pobrecitos no sucumban víctimas de especuladores inescrupulosos, para que vayan advertidos contra las insidias a su fe, para que tengan tiempo y comodidad de santificar el día festivo, para que su moralidad sea resguardada, para que reciban una digna y justa remuneración, para que, en fin, lejos de sus familiares, encuentren defensa, protección, alivio”. Pero las palabras, para Mons. Scalabrini, parecerían falsas e inútiles si no se acompañasen de hechos. Comenzó por sensibilizar a los demás Obispos interesados en el fenómeno de los arrozales; juntos elaboraron un estudio y un plan detenido sobre las condiciones de trabajo: salarios, horarios, descanso semanal, alimentación, alojamiento, higiene; y luego decidieron constituir la “Obra de los arroceros”, un Comité de sacerdotes y laicos, que se empeñaría concretamente en resolver los problemas que se derivaban de esta dolorosa migración interna, junto con solicitar al Gobierno las medidas más necesarias y urgentes para lograrlo.

La Obra, que mereció luego la más alta aprobación de las autoridades religiosas y gubernamentales, perduró por más de cincuenta años, aportando un gran bienestar a esos operarios, que encontraron siempre en ella un punto de referencia contra toda suerte de contingencias, abusos o tratos ilícitos.



Profeta de reconciliación

En el corazón de Scalabrini, además del sentido de la fe, ardía vivamente un profundo sentimiento de amor patrio. A sus misioneros dictará como lema: “Llevad doquiera haya un italiano emigrante el consuelo de la fe y la sonrisa de la Patria”. Él vivió en un periodo de gran tensión entre la Iglesia y el Estado italiano; la unidad de Italia, con Roma como capital, se había logrado pisoteando los legítimos derechos del Papa que, desechando las así llamadas “Leyes de las garantías”, vivía como prisionero en su palacio del Vaticano.

Esta lamentable situación suscitaba continuamente un problema de conciencia entre los buenos ciudadanos católicos italianos que veían que de hecho se les negaba todo derecho de elegir parlamentarios o de ser ellos mismos elegidos, haciéndole así el juego al bando laico, porque de ninguna manera podían influir en las decisiones que el Estado proponía para todos los italianos.

Monseñor Scalabrini, a través de la prensa y los contactos con altas personalidades religiosas y civiles, hizo lo que mejor pudo para que se llegara a un acuerdo que juzgaba indispensable para la paz y la tranquilidad del país; por esto fue frecuentemente criticado, sobre todo por medio de los periódicos que se autoproclamaban los únicos paladines de los derechos conculcados del Pontífice, como “El Observador Católico” de Milán. Fue acusado de liberalismo y de pasarse a los masones, contra los intereses inviolables de la Santa Sede.

Monseñor Scalabrini sufrió muchísimo por esto, porque su devoción al Papa fue siempre incondicional. Había es-

crito: “Al Papa los ojos de la mente, al Papa los afectos del corazón. Sólo en él, para él y con él podemos ser uno solo”.

El amor se demuestra también con la verdad, cuando en una Carta al Pontífice, en 1885, se permite sugerirle una propuesta bastante real. Es decir, “que Su Santidad aceptara ese nivel de poder civil que sería suficiente para ejercer y manifestar en plena libertad apostólica y soberana su misión misión como Pontífice”. A León XIII, como consta históricamente, no le pareció extraña esa propuesta, tanto es así que encargó al mismo Scalabrini que sondeara la opinión pública de los católicos italianos con un opúsculo, editado anónimamente, con el título: “Transigentes e Intransigentes: observaciones de un Obispo”.

Pero los tiempos no estaban aún maduros, y el obispo italiano fue luego blanco de venenosos dardos por parte de los periódicos más papistas que el Papa.

Monseñor Scalabrini sabía leer los signos de los tiempos y supo entender que en el momento designado por Dios las controversias entre Iglesia y Estado se allanarían con recíproca satisfacción; pero tuvieron que pasar casi cincuenta años para que su esperanza se cumpliera con los Pactos Lateranenses del año 1929. Hoy nosotros no podemos olvidar a las personas de amplia visión que, con sus intervenciones y sus sacrificios, prepararon la aurora radiante de la pacificación nacional italiana.

Padre de los sacerdotes

La grey camina segura conducida a pastos abundantes, mientras no le falten pastores, buenos pastores. El deseo ardiente de una seria e iluminada formación en sus tres Seminarios de Bedonia y de Piacenza, preocupó a Monseñor Scalabrini durante toda su vida “Velar por los Seminarios –escribía– debe ser el principal objeto de los cuidados y pensamientos de un Obispo. También nuestra Diócesis placentina tiene sus Seminarios. Yo los amo, sí, los amo como a la niña de mis ojos, porque en la creciente esperanza del sacerdocio veo un signo de la futura prosperidad de mi grey”.

Preocupado porque ninguna vocación se perdiera por escasez de medios materiales, fundó en la Diócesis la Obra de San Opilio para seminaristas pobres, obligando por este medio a cada parroquia y, donde fuera ésta muy pequeña, a cada Vicariato a mantener gratuitamente en el Seminario a un alumno pobre, y él mismo se ponía como ejemplo, comprometiéndose a pagar, con sus propios recursos, la pensión de dos seminaristas, uno en Bedonia y otro en Piacenza.

Si los quería doctos, aún más los quería santos. “El que ante el pueblo tiene un alto sitio en dignidad, debe superarlo en santidad de vida; el que es elegido para ser representante de Dios debe reproducir en sí mismo la imagen divina: es la condición necesaria para que el ministerio sea fecundo entre las almas”.

Con tal maestro no nos debe extrañar que el clero piacentino haya sido siempre considerado entre los más preparados de Italia.

Un éxodo bíblico

En la historia de nuestros pueblos siempre hay un capítulo sobre la emigración; pero en la historia de Italia se habla no sólo de un capítulo sino de un angustioso drama, que tiene vigencia aún hoy, y que en un siglo ha movilizadado algo así como 25 millones de italianos. Sería como decir que directa o indirectamente ha traumatizado la mayor parte de las familias de Italia. Ya en los tiempos de Monseñor Scalabrini el éxodo había cobrado dimensiones verdaderamente impresionantes; más de 300 mil italianos partían cada año de Génova o de Nápoles hacia tierras de América, en donde esperaban encontrar pan más abundante y con menos sudores que en la patria. Resulta interesante conocer cómo vivió esas vicisitudes dramáticas el Obispo de Piacenza; nos lo narra él mismo en el opúsculo que publicó en 1887: “La Migración Italiana en América”.

“En Milán, hace varios años, fui testigo de una escena que me impactó profundamente. “De paso por la Estación vi la amplia sala, los pórticos y la plaza adyacente atestados por 300 o 400 personas pobremente vestidas, distribuidas en diversos grupos; en sus rostros quemados por el sol y precozmente arrugados, se adivinaba el mundo de sentimientos que martirizaban sus corazones. Eran ancianos agobiados por la edad y el cansancio; hombres en la flor de la vida, mujeres rodeadas de hijos; eran jóvenes y jovencitas, todos hermanados por un solo pensamiento, todos listos a iniciar un viaje incierto...

“Eran emigrantes. Algunos partían, llamados por los parientes que los habían precedido; otros, sin saber a dónde iban, impulsados por ese poderoso instinto que hace emigrar a las aves. Iban a América en donde, según lo habían oído decir mil veces, encontrarían trabajo bien

remunerado para cualquiera que tuviera brazos fuertes y suficiente dosis de buena voluntad.

“Con lágrimas se habían despedido de su pueblo natal, al que los ligaban dulcísimos recuerdos, pero sobreponiéndose se disponían a dejar la patria...

“Me retiré profundamente impresionado. Se me hacía un nudo en la garganta. ¡Cuántos dolores y privaciones les deparaba el incierto porvenir! ¿Saldrían todos airosos en esa lucha? ¡Cuántos sucumbirían entre el tumulto de la ciudad o en el silencio de lugares desconocidos! ¡Cuántos se verían privados no sólo del pan del cuerpo, sino también del pan del alma, no menos necesario que aquél y perderían, en una vida completamente material, la fe de sus padres! “Desde ese día mi mente volaba a menudo a esos pobrecitos y me hacía mil veces la angustiosa pregunta: ¿Cómo poder tenderles la mano?”

Y Monseñor Scalabrini encontró la solución, y puso tanto empeño en la obra que pasó a la historia con el apelativo de “Padre de los Migrantes”. Ante todo comprendió que era indispensable informar a la opinión pública sobre la situación real; visitó, por lo tanto, las ciudades más importantes de Italia, donde dictó memorables conferencias, de las que la prensa fue notable caja de resonancia, y dirigió luego informes al Gobierno italiano, por medio del Hon. Pablo Carcano, su antiguo compañero de colegio en el Liceo Volta.



*J. B. Scalabrini en Génova, saliendo
para Estados Unidos - 1901*

Los misioneros para los migrantes

La conmoción era general, pero por ninguna parte aparecían hechos concretos. Entonces puso él mismo manos a la obra con la fundación del “Comité San Rafael” que en los, puertos de embarque y desembarque debía proteger a los Migrantes de los Agentes de Emigración, mejor conocidos como mercaderes de carne humana. Su exquisita sensibilidad y su inteligencia le hicieron entender que era muy poca cosa la asistencia en los puertos; era necesario que sacerdotes llenos de celo por las almas y animados por un espíritu de gran sacrificio optaran por hacerse Migrantes voluntarios con los Migrantes, para compartir radicalmente la vida con ellos, para protegerlos de todo abuso y, sobre todo, para mantener viva la llama de la fe que heredaban de su patria. Lanzó, pues, un llamado a todos los sacerdotes ponderándoles el gran mérito de esa especial vocación.

Respondieron en seguida dos sacerdotes: el vicentino P. Domingo Mantese y el piacentino P. José Molinari; ellos fueron la pequeña semilla que se convertiría, en años venideros, en un gran y robusto árbol bajo el que se cobijarían millones de Migrantes en todas las latitudes del mundo.

El Santo Padre León XIII, que siempre quiso estar informado de las iluminadas intenciones del Obispo de Piacenza, el 15 de noviembre de 1887 aprobaba la fundación del “Instituto para misioneros de los Mi-

grantes” en Piacenza y, para demostrar su estimación incondicional por la nueva Obra, hizo acompañar el Breve Pontificio con una generosa suma de dinero.

A los dos primeros sacerdotes pronto se unieron otros cinco, tres Sacerdotes y dos Hermanos Coadjutores; y así Mons. Scalabrini el 12 de julio de 1888 podía, con una solemne acción litúrgica en la Basílica de San Antonino, entregarles, en medio de la alegría de una multitud jubilosa, el crucifijo de los misioneros, repitiendo la fórmula de consagración: “Recibe, hijo, al compañero indivisible de tus peregrinaciones apostólicas, tu único verdadero consuelo en la vida y en la muerte”.

En aquella ocasión, el ya célebre historiador César Cantú escribió al Fundador: “A vuestra bendición ruego que unáis los deseos de este viejo, que admira un gesto tan valiente y una abnegación tan ajena a todo propósito humano. El mundo tendrá la ligereza de ignorarlos, la ingratitud de olvidarlos, pero ellos partirán a la Santa Misión, teniendo como bandera la Cruz, y como grito de combate: ¡Cristo hoy y Cristo siempre!”



*Envío de los primeros
Misioneros de San Carlos - 1888*

Las madres de los migrantes

Con especial intuición de apóstol, Mons. Scalabrini comprendió que una familia religiosa necesita un padre y una madre.

Se sabe cuán útil e indispensable es la presencia de las hermanas religiosas, no solamente en las parroquias italianas sino también en los asilos, en las escuelas, en el Catecismo, en la animación litúrgica en la asistencia a los pobres y a los enfermos.

Entre los Migrantes era evidente la necesidad de su solícita inserción, para llegar donde la obra del misionero, independientemente de su celo encomiable, no podía llegar.

Monseñor Scalabrini aprovechó el ofrecimiento de un misionero suyo del Brasil, el P. José Marchetti, que encomendó a su madre y a su hermana el cuidado de algunos



*Fundación de la Misioneras de San Carlos
Borromeo - Scalabrinianas - 1895*

pobres huérfanos, y así en 1897 igualmente fundó en Piacenza las Misioneras de los Emigrantes, a las que entregó el crucifijo, enviándolas a asociarse a sus hijos que ya trabajaban en América del Norte y del Sur.

A otras hermanas, las Celadoras del Sagrado Corazón, que estaban pasando por momentos de crisis, Monseñor Scalabrini les abrió las puertas al mundo de la migración; desde entonces esa Congregación comenzó a reverdecer y a considerar al Obispo de Piacenza como su segundo fundador.

Un párrafo aparte merecen las Hermanas de Santa Francisca Javier Cabrini. Era ésta una sencilla maestra de escuela, que había reunido en torno a sí un pequeño grupo de jóvenes animadas y piadosas que, llenas de santas ansias apostólicas, no se inclinaban hacia ninguna dirección precisa, pero que estaban dispuestas siempre con todo el corazón a servir a su Jesús y Señor de las misiones.

Su admiradora, motivada por la fama de que gozaba en toda Italia el Obispo de Piacenza, decidió entonces pedirle un consejo, manifestándole al mismo tiempo su intención de orientarse hacia la misión en China o en las Indias. Mons. Scalabrini repitió a la gran Fundadora lo que un día le había dicho a él su Obispo, rectificándole su propósito: “Tus Indias son las Américas”

La madre Cabrini, sin embargo, pareció titubear y deseó, en un asunto de tanta importancia, oír la opinión del Santo Padre. El Papa León XIII, que había sido advertido con santa astucia por Mons. Scalabrini, con un gesto decidido de su mano, replicó seguro y bondadoso a la humilde religiosa arrodillada a sus pies: “No el Oriente, sino el Occidente”. La voluntad de Dios no podía ser más clara.

Y, en 1889, el obispo de Piacenza tuvo el inmenso gozo de hacer entrega del crucifijo de Misioneras de los Migrantes a la misma Madre Cabrini y a un primer grupo de Hermanas que partía a Estados Unidos de América.

Así nuestros hermanos, lejos de su patria, tienen la inmensa satisfacción de contar a su lado con la compañía de tantos Padres y Madres que, con emotiva entrega, los apoyan, los consuelan y conviven con ellos, poniéndose siempre al servicio de ellos y sus hijos.

Navegando por el océano

Ya cada año un nuevo grupo de misioneros pronunciaba sus votos en las manos del Fundador, y cruzaba el océano en dirección a los Estados Unidos de América o a Brasil, que eran las metas preferidas de nuestros Migrantes.

Monseñor Scalabrini mantenía constantemente correspondencia con sus misioneros, y se emocionaba hasta las lágrimas leyendo cuánto bien hacían, aun en condiciones



*J. B. Scalabrini en su viaje
a Norte América - 1901*

a veces muy penosas. En más de una ocasión, ellos le pidieron una visita, porque con su presencia se sentirían más seguros en sus, a veces, difíciles misiones. Por otra parte el Obispo de Piacenza también sentía la nostalgia por sus hijos lejanos; así que ese recíproco deseo hizo madurar en él la decisión del primer viaje a ultramar.

El 18 de julio de 1901, animado por una particular bendición del Santo Padre, se embarcó en la nave “Liguria” y partió de Génova rumbo a los Estados Unidos. De sus apuntes de viaje entresacamos algunos párrafos para darnos cuenta del clima en que se hizo la travesía.

“28 de julio — Mañana radiante. Primeras Comuniones y Confirmaciones de varios hijos de nuestros Migrantes. Rodean el altar -al aire libre- cerca de 1.200 personas. Antes de la misa predicó; muchos no pueden reprimir la emoción. Celebro la Misa con viva devoción, asistido por el P. Luis. Cuando hago alusión a la patria lejana... se siente en el aire un gemido, un llanto general...; pero, al referirme luego a la patria celestial, todos elevan conmovidos la mirada al cielo...

“Cada día, de las 16 a las 17 horas, explico a un simpático grupo de jóvenes el Catecismo.

“1º de agosto – Ayer he confesado a un buen número de hombres, y esta mañana debo repetir la misma celebración del domingo 28; pero el viento fuerte nos obliga a hacerlo en el salón grande. Hay numerosas Comuniones y tres Confirmaciones. ¡Aun sin serlo, uno se vuelve elocuente!”

En los Estados Unidos

El “Liguria” se detuvo alejado del puerto en cumplimiento de la “Cuarentena”, pero de Nueva York partieron dos embarcaciones a su encuentro. Con los misioneros estaba Monseñor Ferrante, secretario del Arzobispo Mons. Corrigan, junto con muchísimos laicos italianos y americanos. Al llegar las embarcaciones, Mons. Scalabrini se asoma a la baranda, y de los pechos de los italianos que viajaban con él, como de los que habían salido a su encuentro, irrumpe espontáneo, vibrante y sincero el grito de “¡Viva Italia! ¡Viva Mons. Scalabrini!”

El baja, abraza a sus misioneros, oye emocionado un discurso de bienvenida y responde con cordiales palabras. Las calles de la Parroquia están artísticamente adornadas con guirnaldas y atestadas de italianos. Mons. Corrigan lo acoge con inmenso cariño y se apresta para hospedarlo en sus habitaciones, pero Mons. Scalabrini prefiere quedarse en la modesta casa de sus hijos. Un periódico americano califica ese recibimiento de “regio”.

Permaneció en Estados Unidos casi cuatro meses, en los que su preocupación principal fue hablar con sus compatriotas migrantes y sobre todo con sus misioneros, cuyas confidencias, dificultades y problemas apostólicos escuchó con cariño paternal. En esos meses pronunció 340 discursos, recorrió 15.000 kilómetros, durmiendo a menudo en el tren para ganar tiempo y poder visitar el mayor número de emigrados.

Antes de partir de los Estados Unidos obtuvo audiencia con el Presidente Teodoro Roosevelt, al que confió la suerte de sus compatriotas italianos, recibiendo de éste formal promesa de cumplir con sus deseos. Al partir de esa tierra, con el alma henchida de alegría y de gratitud al Señor por

la fidelidad, celo y sacrificio de sus misioneros, llevó consigo el recuerdo de la última ceremonia litúrgica en la iglesia del Sagrado Corazón en Boston. El templo, de gran capacidad, estaba atestado de público; la mayor parte tuvo que quedarse en la plazoleta de entrada. El Obispo, entonces, después de haber bendecido a los presentes en el templo, salió con el Ostensorio al umbral de la puerta de la iglesia, y todo el inmenso mar de gente se arrodilló como una sola persona. El espectáculo fue tan imponente y conmovedor, que el alcalde protestante de la ciudad al saludar después a Monseñor Scalabrini, dijo textualmente: “Si yo veo otro espectáculo como éste, pierdo mi fe y me hago católico”.

Visitando a los emigrados italianos, el Obispo de generoso corazón, se dio cuenta de que quizás peor que ellos se hallaban los emigrados de otras naciones y, de vuelta en Italia, en una audiencia especial que tuvo con el Santo Padre Pío X, le sugirió la propuesta de instituir en la Santa Sede una Comisión para “todos los emigrados católicos”. La muerte le impidió a Mons. Scalabrini ver el cumplimiento de su ambicioso proyecto, pero sus misioneros, herederos e intérpretes de su espíritu, habrían de realizar más tarde los deseos del Fundador, ampliando el carisma de la Congregación al incluir en su ministerio a los emigrados de cualquier raza o nacionalidad.

En Brasil

Monseñor Scalabrini, al visitar las misiones de Norteamérica no había cumplido sino la mitad de lo que se propuso; le quedaban por visitar aún las Misiones de Brasil. Se había convencido, tras el viaje a América, que una cosa es conocer a los hombres y las situaciones personalmente y otra es conocerlos de oídas, aunque sus informantes fueran tan dignos de confianza como sus propios misioneros. Además le pareció que había logrado, con la gracia de Dios, hacer mucho bien en los Estados Unidos y esperaba hacer otro tanto en Brasil.

Cuando manifestó sus intenciones, muchos trataron de disuadirlo exponiéndole las dificultades de los viajes a Brasil, en nada comparables con las de los viajes a los Estados Unidos, de los cuales había regresado exhausto y maltrecho; considerando además su salud, ya no tan fuerte como en su juventud.

No eran ciertamente las dificultades físicas las que podían amilanar a un hombre del temple de Mons. Scalabrini; ellas más bien se le presentaban como un desafío, que él aceptaba con valor. Obtenida la bendición del Santo Padre Pío X, el 13 de junio de 1904 partió de Piacenza, despedido y ovacionado por una multitud de sacerdotes y fieles. Y una multitud aún más nutrida lo recibió y aclamó en el puerto de Santos en Brasil el 9 de julio.

Pero leamos su narración: “Llegué a Sao Paulo el 9, a las 11.30 horas, la banda de nuestros huerfanitos fue a encontrarme como a cinco millas de distancia y subieron gratuitamente al tren que en Santos habían puesto a mi total disposición.

“Ayer visité al señor Obispo, con quien me entretuve largo tiempo, hablando sobre todo de nuestros emigra-

dos. Sobre una población de un poco más de dos millones de habitantes, más de la mitad son italianos. La Diócesis comprende todo el Estado de Sao Paulo; es un lugar espléndido. ¡Qué magnificencia de plantas! ¡Qué exuberancia! ¡Cuántas flores de mil colores!... Se diría que el Paraíso Terrenal debía o podía estar aquí.

“Nuestros buenos misioneros gozan de la estimación de todos, y del respeto del clero y del laicado. Los dos orfanatos son dignos de admiración; estos 260 huerfanitos son ejemplo por su bondad, piedad y educación. De estas dos casas ya han salido 810 huérfanos educados y 34 han encontrado un hogar. Ayer muchos se reunieron aquí, bendiciendo la ‘Santa Casa’, como ellos la llaman”.



J. B. Scalabrini atravesando el Río Grande do Sul (Brasil) en una balsa -1904

Entre campos y selvas

No estaban muy equivocados sus consejeros en Italia cuando le decían que Brasil no era Estados Unidos; escasísimos los trenes, pocos y malos caminos o, mejor dicho, trochas. Le fue pues, forzoso afrontar los extenuantes viajes en carretas y muy a menudo, cuando caían copiosos aguaceros que todo lo reducían a barro, a caballo por largas horas, que le parecían interminables.

Lo consolaba, empero, la emotiva acogida de los emigrados, que salían a su encuentro desde lejos en hileras de caballos, hileras interminables, y el hecho de que al llegar a una “colonia”, muchos se subían a los árboles para verlo y escucharlo.

El ambiente era en verdad muy diverso del de Estados Unidos: aquí casi todos trabajaban la tierra, eran sencillos y espontáneos, como lo son siempre la mayoría de los hombres de campo. Todos deseaban confesarse con “su Obispo” y Mons. Scalabrini, a veces calado hasta los huesos por el frío, se encerraba en su confesionario hasta avanzadas horas de la noche para oírlos, reanudando el quehacer al día siguiente con la aurora.

No se sabía si dormía o no... Se vieron luego los frutos de su labor; por ejemplo, en Bento Gonçalves una familia numerosa de trevisanos, que era protestante, abjuró en manos del Obispo que recibió nuevamente en la Iglesia a catorce personas. En Alfredo Chaves confirmó a 5.000 fieles (2.153 en un solo día). En los cuatro meses de su permanencia en Brasil fueron más de 25.000 los confirmados.

Para hacernos una idea más precisa del Brasil de ese tiempo, leamos las anotaciones de su diario:

“3 de agosto —Estoy en Santa Felicidade. Ésta es, dicen, la mejor colonia de Brasil. Bellísima la iglesia, de gran capacidad; aquí hay religiosas, escuelas, frecuencia de sacramentos y de la palabra de Dios, como en las mejores parroquias de Italia. En los alrededores visité también otras muchas colonias italianas: Agua Verde, Campo Comprido, Timbituva, Caratuba, Ferraria, Rondinha, Campinas, Umbarán, Santa María, Novo Tirol, etc., que me recibieron con indescriptible demostración de simpatía. Cada colonia tiene su iglesia, donde el misionero llega periódicamente, según sus posibilidades. Este territorio era un bosque impenetrable, cueva de ladrones y asesinos, y ahora...es un jardín.

“25 de septiembre — Estoy en San Laurenço de Villas Boas. He salido de Encantado el jueves 22 y, después de cinco horas a caballo, llegué sorpresivamente; me esperaban el día anterior, pero la lluvia (diluvio) había hecho imposible hasta el paso de un caballo. Apenas me divisaban desde las diferentes colonias hacían retumbar cañones y corrían a recibirme, emocionados y conmovidos por tanto coraje. Aquí confirmé a 1.500 cristianos de todas las edades”.

Pero no terminaríamos nunca si quisiéramos seguir a Mons. Scalabrini en su peregrinar de una misión a otra, entre dificultades sin cuenta, pero siempre con el corazón rebosante de alegría por las manifestaciones de fe que presenciaba, cada vez más insospechadas y conmovedoras.

En medio de los indios

No podemos pasar por alto una aventura, más bien curiosa, que le esperaba a este Obispo que, cuando joven sacerdote ardía en celo por evangelizar a los infieles. En el territorio de Tibagy, en la jurisdicción de la Diócesis de Curitiba, vivía una tribu aún en estado salvaje y que odiaba intensamente a los colonizadores, por los abusos e injusticias que, continuamente, éstos cometían. Un año antes un Padre Capuchino, lleno de celo y de coraje, intentó evangelizarlos; tomó consigo un guía y se internó en la selva; pero apenas puso pie en el territorio indio, vio caer a su compañero, que era brasileño, víctima de una flecha envenenada. Bajó luego del caballo y se puso de rodillas encomendando su alma a Dios; pero los indios, saliendo de sus escondites, le aseguraron que no lo tocarían, porque sólo los brasileños eran enemigos. El Padre Capuchino regresó a su casa y no osó repetir la hazaña.

Monseñor Scalabrini, entretanto, y planeando acercarse a alguna tribu del interior, pidió una gramática de lengua indígena y con la singular facilidad que tenía para aprender lenguas, en poco tiempo logró aprender la lengua guaraní lo suficiente para hacerse entender. Oyendo hablar sobre el estado de esa tribu, ardió en deseos de hacer algo por esos pobrecitos.

Un día, mientras predicaba, vio entre la muchedumbre a uno de esos indios. Lo mandó a llamar y le preguntó:

— ¿Está muy lejos tu tribu?

— No mucho. Veinte horas a caballo.

— Bien. Ve a decirle a tu jefe que el Obispo italiano desea verlo y hablarle.

El indio regresó después de algunos días diciendo que

el jefe se sentiría feliz de ver al Obispo en la selva y de hablarle. Todos tratan de disuadir a Monseñor, pero él no se deja atemorizar y emprende el viaje con un pequeño séquito. Al llegar a la entrada de la selva, son recibidos a pedradas, pero resulta que los agresores eran... ¡simios! Se adentran hasta la sede de la tribu y en su cercanía el Obispo, para causar mayor impresión, se revistió con sus más vistosos hábitos episcopales. Llegan ante el jefe; éste, circundado por un centenar de indios a caballo vestidos con pieles de animales y adornados con collares de perlas y plumas de pájaros, se le acerca y pronuncia un discurso en guaraní, lamentando que sus tribus después de haber sido evangelizadas, doscientos años atrás, hubieran sido abandonadas, y agradece al Obispo italiano que finalmente les demostraba que no los olvidaban. Le presenta luego dos vasos de plata, encontrados por él entre las ruinas de las antiguas misiones allí fundadas por los jesuitas.

Ante la sorpresa generalizada, el Obispo toma la palabra en guaraní, explicando el involuntario abandono de la Iglesia, trayéndoles el saludo paterno del Gran Sacerdote de Roma y prometiendo que, de regreso a Italia, le hablaría de la tribu. En el séquito del Obispo iban sólo italianos, de quienes los indios no recelaban, porque sólo odiaban a los brasileños.

Fue fácil, entonces, confraternizar. Las simpatías de los indios se concentran sobre todo en el P. Marcos Simoni, a quien no querían dejar partir. Mons. Scalabrini les prometió que lo enviaría apenas aprendiera mejor la lengua guaraní, lo que era indispensable, y les recomendó, además, en medio de la general hilaridad, que no se lo comieran.

Monseñor Scalabrini concluyó su viaje por Suramérica en Buenos Aires, en donde pudo saludar a su hermano Pedro, a quien no veía desde hacía cuarenta años, y que lo esperó en el puerto junto con el Internuncio, Mons. Sabatucci y con el Obispo Auxiliar.

Finalmente, el 11 de noviembre, zarpó en el "Cerdeña" rumbo a Italia, llegando a Génova el 5 de diciembre, acogido cariñosamente por familiares y personalidades civiles y religiosas.

Al día siguiente llegaba a Piacenza, sin previo aviso, porque no quería que se repitiera la recepción triunfal de

su regreso de los Estados Unidos. Pero apenas se supo su llegada, se echaron a volar las campanas de la Catedral, a las que hicieron eco las demás de la ciudad, y una multitud clamorosa lo esperó en la plaza.

En la tarde se cantó solemnemente un De Teum de acción de gracias. Apenas la prensa difundió la noticia, llovieron telegramas de adhesión, alegría y general simpatía.

Por supuesto, el saludo más cordial fue el del Santo Padre, con carta autografiada, en la cual le expresaba el deseo de escuchar de viva voz, lo más pronto posible, la relación del viaje. Acompañaba la carta con una medalla de oro con la figura del Santo Padre y el escudo pontificio.



*Busto homenaje
a Mons. Scalabrini*

El ocaso

Parecía no carecer de fundamento lo que se rumoreaba por todas partes y se leía en la prensa, en el sentido de que el Santo Padre le proponía a Scalabrini la promoción al Arzobispado de Ravena, luego el Patriarcado de Venecia, y luego el Cardenalato; pero él, en su humildad, rechazaba todo eso y repetía a todos que ya era viejo para emprender un trabajo episcopal en otra Diócesis. “Soy viejo -escribía a su amigo íntimo, Mons. Bonomelli- y más que en la promoción, debo pensar en la muerte”.

En verdad, los que vivían junto a él, aunque lo veían siempre infatigable, pudieron observar que no tenía ya el vigor de antes. Una vez, después de una visita pastoral particularmente laboriosa, se le oyó exclamar: “Me muerdo de cansancio”. Desde hacía un tiempo sufría, en silencio, una enfermedad muy seria que jamás, por exceso de delicadeza, quiso revelar a nadie, sino cuando ya fue demasiado tarde. La había contraído en sus interminables jornadas misioneras, de horas y horas a caballo y a la intemperie con lluvia y frío.

Tuvo finalmente que guardar cama y, como sus males se agravaban haciendo temer lo peor, se dio aviso a sus parientes.

El domingo 28 de mayo de 1905 dos eminentes médicos, en consulta con otros colegas, lo operaron de urgencia. El resultado de la intervención pareció al principio satisfactorio; pero el miércoles siguiente Mons. Scalabrini se agravó peligrosamente. Se le preguntó si deseaba recibir la Unión de los enfermos, y él, con un hilo de voz, respondió: “¡Sí, pronto!”

Luego se adormeció. En poco tiempo le subió la fiebre y comenzaron alarmantes delirios. A ratos se le oía repetir:

“¿Y mis sacerdotes? ¿Dónde están mis sacerdotes? Déjenlos entrar. No los hagan esperar mucho”. En un momento de lucidez se le comunicó que llegaba la bendición particular del Santo Padre. Se conmovió hasta derramar copioso llanto, y dijo: “Denle gracias por mí, filialmente”. Durante los breves momentos de lucidez consolaba a sus familiares, daba disposiciones sobre su sepultura, y decía: “¡Voy al encuentro de mi Señor!... A todos los canónigos y párrocos que se encuentren presentes en mi agonía, les doy facultad de impartirme la absolución ‘in articulo mortis’”. Luego se durmió. Su rostro estaba sereno como quien se acerca a la muerte, sino a una fiesta. En la madrugada del 1° de junio entró en agonía, que fue brevísima.

Sus labios musitaban una oración. Eran las seis, fiesta de la Ascensión del Señor al cielo, cuando su alma dejó esta Tierra para acompañar al Señor en su Gloria.

Los funerales fueron apoteósicos; nunca se había visto desfilan tanta multitud ante un féretro, con lágrimas en los ojos y orando... Todos en Piacenza y en la Diócesis tuvieron la clara sensación de sentirse de improviso huérfanos, porque a todos les venía a faltar el Padre y ¡qué clase de Padre!

El periódico “La libertad” publicó: “Son verdaderas peregrinaciones de obreros y campesinos, de todas las partes de la Diócesis, las que llegan acongojadas a contemplar por última vez la bendita faz de su Obispo”. La tumba del santo Obispo está hoy en la Catedral; un monumento evoca su imagen y un bajorrelieve destaca su viaje a las Américas. Él, que en su vida terrena acogió siempre con bondad y ternura a todos, acoja también nuestra oración para que seamos dignos de participar un día de su Gloria en el cielo.

Su vida interior

Monseñor Scalabrini se levantaba todos los días a las cinco, y se recogía en meditación. “Renuevo la obligación de la meditación —escribió en su diario espiritual—: es necesario hacer una hora de meditación, y todavía es poco para un Obispo. Al que deja la meditación, le falta fe o le falta cerebro...”

Luego celebraba con admirable devoción la Santa Misa, a la que seguía una parte del rezo de Breviario. Su piedad le exigía, “por lo menos una vez al día”, la visita al Santísimo Sacramento; pero al atardecer, después de haber rezado el Rosario con sus familiares, se retiraba en su capilla privada, y permanecía en coloquio con Jesús Sacramentado hasta las 23 horas, momento en que se retiraba a descansar.

La devoción al Santísimo Sacramento iba a la par con la de la Virgen. Cuando hablaba de Ella (y no perdía ocasión de hacerlo) su rostro se transfiguraba, y se conmovía hasta las lágrimas; el auditorio en esas ocasiones quedaba embelesado; solía decir que un sacerdote que no está dispuesto a improvisar en cualquier momento un discurso sobre el Santísimo Sacramento o sobre la Virgen, no es buen sacerdote. Promovía peregrinaciones a los Santuarios de su Diócesis en Roveleto, Bardi, Bettola, Bedonia, Rivergaro; él mismo a menudo las encabezaba; y entregó en ofrenda las joyas que había recibido de su familia para coronar las sagradas imágenes de la Virgen. Muchas veces en su vida expresó el deseo de reposar, después de su muerte, en el Santuario de la Virgen de las Gracias de Rivergaro, “bajo la mirada de María”. Y cada día de su vida recitaba una fórmula de consagración a la Virgen, en entrega total a Ella.

En la misma proporción en que era bueno e indulgen-

te con los demás, era severo consigo mismo. Mortificaba continuamente sus sentidos en una atenta vigilancia. “Un poco de ascética, y de la fina —escribía—, es el remedio contra todos los humores malignos”.

Una ascética, como él la entendía, le hacía ver en los sufrimientos, en unión con los infinitos méritos de Cristo, el secreto escogido por la Providencia para dar fuerza y solidez a todos los propósitos de bien. Repasando sus escritos, resalta una jaculatoria como su predilecta: “¡Oh, Señor, haz que me enamore de la cruz!” En el Museo Scalabriniano de la Casa Madre en Piacenza, sus Hijos conservan todavía con veneración un cilicio y una cadenilla, que él llevaba sobre sus carnes hasta hacerlas sangrar.

Después de su muerte muchas personas publicaron los favores extraordinarios obtenidos por su intercesión y, desde varios sitios se elevaron voces que pedían introducir la Causa de su Canonización. Así se introdujo el proceso informativo en la Curia Diocesana y de allí fue transmitido a Roma.

¡Ojalá el Señor nos conceda cuanto antes poder venerar también en la Tierra a su Siervo bueno y fiel!



Urna del Beato Scalabrini - Piacenza

Vive en sus hijos

A los que naturalmente más fuerte golpeó su muerte fue a sus misioneros y misioneras. No faltaron quienes se preguntaban si su Obra podría continuar después de su muerte. Pero las obras de Dios no mueren, aunque a veces deben pasar por el fuego de la purificación.

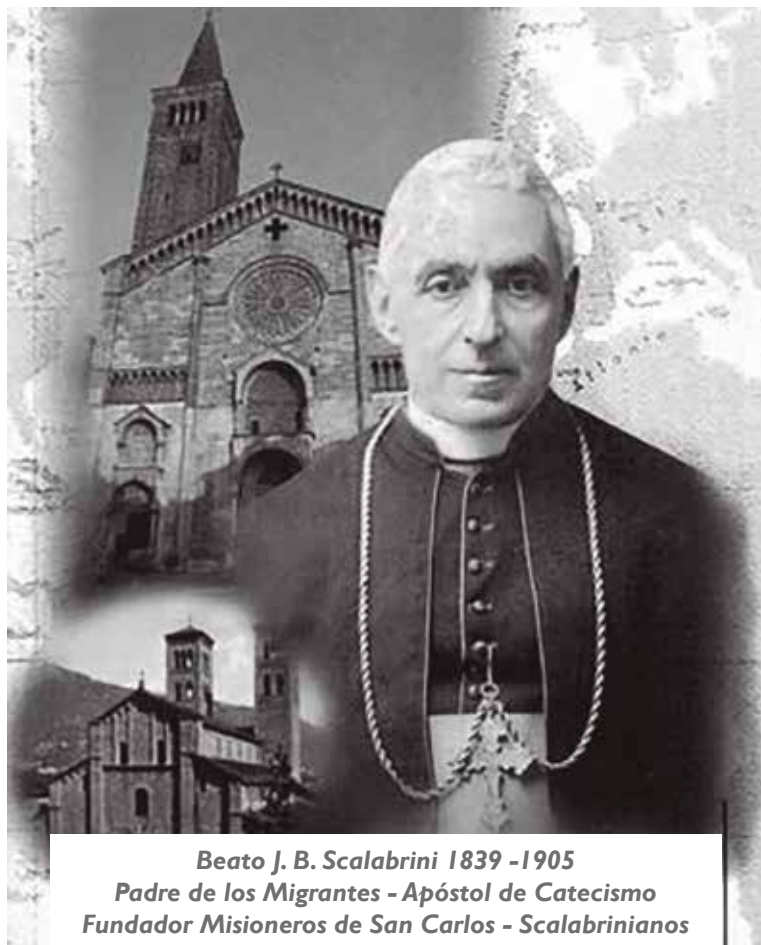
A la muerte de Mons. Scalabrini ya se habían establecido veintitrés Misiones para los emigrados a ultramar, con unos cincuenta misioneros, y un gran orfanato en Sao Paulo, Brasil. Los delegados de las varias Misiones Scalabrinianas se reunieron en Piacenza donde, por gran mayoría, eligieron Superior General al P. Domingo Vicentini, que en ese momento, después de una vida laboriosísima en Norte y Sudamérica, era Superior de la Casa Madre de Piacenza, nombrado justamente el año anterior por el Fundador.

Parecía que todo iba viento en popa, cuando sobre Italia y sobre el mundo se desencadenó el flagelo de la Primera Guerra Mundial y pareció que había llegado así el fin para la tierna planta de Scalabrini... Era la prueba esperada y temida por las obras de Dios. Pero en el año 1924 un grupo de clérigos teólogos, llenos de fervor y pasión, convencieron a la Sagrada Congregación Consistorial (que en el entretiem po había tomado la dirección de la Obra Scalabriniana) para que se volviera a dar un nuevo impulso a lo ya emprendido. Nuevas y numerosas ordenaciones sacerdotales devolvieron renovados bríos a la Obra y las Misiones en las dos Américas prosperaron día a día.

El año 1930 se construyó en Bassano del Grappa el grandioso Instituto Scalabriniano, con capacidad para trescientos seminaristas, y en 1933 se erigió el primer Seminario para los hijos de los emigrantes en Melrose Park, en Estados Unidos de América. Luego se fundaron numerosas parroquias, seminarios y otras tantas obras para emigrantes en Italia, Europa, las Américas y Australia, con

una providencial apertura a las migraciones de toda raza y nacionalidad.

Hoy a la Congregación Scalabriniana, sin retórica, podría aplicarse la histórica frase, en referencia al imperio de Carlos V: "... sobre sus Misiones nunca se pone el sol..." Feliz augurio de un futuro siempre mejor.



Beato J. B. Scalabrini 1839 -1905
Padre de los Migrantes - Apóstol de Catecismo
Fundador Misioneros de San Carlos - Scalabrinianos

Scalabrinianos

Una Congregación para migrantes

Migrante es el que sufre por la separación de su familia, su tierra y su patria. Varios millones de latino-americanos viven fuera de su país. La Iglesia, experta en humanidad, busca quien se haga migrante por “vocación”, para asistir a los migrantes en necesidad.

Si quieres servir a Cristo y a la Iglesia
con esta vocación especial,
ponte en contacto con nuestros

Centros Scalabrinianos de Pastoral Vocacional

COLOMBIA

Calle 56bis #35-47

Barrio Nicolás de Federmán - Bogotá

Cel. 0057 311 236 1436 - 311 236 1435

ECUADOR

Av. 11 Calle 10 N° 10-5 - Manta

Tel. 00593 5 500 3986

VENEZUELA

Av. 110 c/c Av. Principal La Viña, Urb. Prebo - Valencia

Cel. 0058 412 027 9575